

Otro repoblar es posible

Comunidad Aldea El Calabacino

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4485>



Vista de la ecoaldea El Calabacino (sierra de Huelva) | fuente Archivo fotográfico municipal Ayuntamiento de Alajar

El fluir espontáneo de cada comunidad crea un marco en el que se establecen y desarrollan sus relaciones y valores, un paradigma que se vincula con sus hechos y sus logros. El patrimonio es la huella, el reflejo material e inmaterial de la comunidad en su relación con el medio en el que se desarrolla y también consigo misma. Como el paradigma es algo cambiante, que evoluciona a medida que la comunidad se va desarrollando, el patrimonio se convierte en el testigo que nos habla del camino recorrido para llegar hasta donde estamos, con sus hitos, sus cambios, sus luces y sus sombras. El paradigma de la cultura europea experimentó un cambio decisivo a partir de la reforma luterana y el Renacimiento. A partir de entonces el hombre pasó a ocupar el centro del universo desplazando a Dios, centro incuestionable en la época medieval. Desde entonces se produce un proceso de individualización creciente, con aspectos positivos, como el desarrollo científico, la movilidad social, la apertura a nuevos modos de expresión artística... y también negativos: la progresiva separación del contacto con la naturaleza, el culto al dinero como valor supremo o la disminución del vínculo que genera el sentimiento de comunidad. Este proceso de individualización toma un nuevo impulso a partir de la Revolución Francesa

y la Revolución Industrial y se dispara con la implantación de las nuevas tecnologías que, si bien permiten la comunicación a grandes distancias y el acceso a ingentes cantidades de información, también nos introducen en la realidad virtual en la que la individualidad se desarrolla en una zona de confort que no necesita la presencia real del otro, por lo que la vivencia de la comunidad se difumina y empequeñece aún más. Así pues vemos que las maneras de poblar que fomentan la interrelación entre sus habitantes alrededor de un objetivo, entendido este no solo como un fin al que hay que llegar sino también como una forma de establecer y vivir las relaciones, son las que más contribuyen a la creación de comunidad.

Como ejemplo de esto proponemos el modelo de las ecoaldeas: proyectos de repoblación rural basados en la sostenibilidad y en la transición eco-socio-cultural necesaria para sostener un nuevo estilo de vida. Son lugares habitados por un grupo de personas que comparten una visión o propósito, que tejen relaciones entre sí y que se dan a sí mismas un modo de gobernanza participativa. Las ecoaldeas tienden a la autogestión de la mayor parte de sus necesidades colectivas, buscando el modo más sustentable posible en las diferentes dimensiones: ecológica, económica, social y cultural.

Las características de la vida rural hacen que los proyectos que se afrontan en colectivo tengan más posibilidades de perdurar que los individuales. "La vida rural es exigente y supone disponer de una gran variedad de saberes. Hay muchas cosas que atender hay que laborar en tareas que pueden ser pesadas. A nivel familiar las hijas e hijos crecen en un ambiente en el que existen muchas posibilidades de vida social atractiva" (PROYECTO, 2018). El planteamiento colectivo no supone obligatoriamente la formación de una comunidad que comparte todo, pero sí la toma de conciencia de que en grupo somos más resistentes y capaces. Como consecuencia de los distintos



Comunidad de la ecoaldeja de El Calabacino (Huelva), pueblo vivo en la actualidad, despoblado en los años 60 de s. XX, ejemplo de repoblación neorrural ecoaldeana | foto Asociación de Vecinos Raíces del Calabacino

saberes, capacidades, experiencias y puntos de vista, se enriquece la visión común y la gestión en conjunto para beneficio del grupo y el entorno.

La contraposición a estas formas de poblar, la cultura postmoderna y neoliberal, basada en el individualismo, fomenta el crecimiento de grandes aglomeraciones deshumanizadas, desenraizadas y desvinculadas. Donde el individuo es un ser anónimo no interrelacionado con sus vecinos y vecinas y desconectado de su entorno natural.

Otros procesos que destruyen comunidad o que dificultan la creación de nuevas comunidades son los estilos de gobernanza tradicionalistas, rígidos e hipernormativos. Regidos por excesivas restricciones normativas, muy poco dinámicas y en algunos casos desactualizadas, que limitan la creación de nuevas comunidades. También dificultan la adaptación de antiguas comunidades a la realidad actual, necesitada de espacios de libertad que fomenten las iniciativas y la creatividad de la población joven que termina por emigrar a núcleos urbanos en busca de esos espacios dinámicos de crecimiento personal y profesional.

Este éxodo de la población joven hacia las grandes urbes frena, cuando no corta, el flujo de la sabiduría ancestral que se transmitía oralmente y en el entorno cercano de unas generaciones a otras.

La aceleración creciente que conlleva el uso de las nuevas tecnologías ha creado un fenómeno nuevo. El del joven “tecnológicamente experto” frente al “adulto ignorante”, algo impensable hasta no hace mucho.

El proceso de turistificación al que se ven sometidas desde hace unos años los enclaves con alto valor patrimonial supone, si no se toman medidas para evitarlo, la progresiva pérdida de identidad de las comunidades que hasta ahora mantenían una relación viva con ese patrimonio. El desarrollo de este proceso de turistificación, unido a la tendencia de aplicar el modelo urbano dominante, supone un cambio en el centro de gravedad de los valores socioeconómicos en esos territorios. Desde el modelo anterior donde el foco estaba en el desarrollo de los vínculos familiares y sociales a un modelo de capitalismo neoliberal e individualista en donde lo preponderante es el negocio.

También se produce un cambio en la función y en el acceso a la vivienda. Las casas céntricas que eran el reflejo de una forma de vida más comunitaria se reforman para ofertarlas a la demanda turística (es el caso de los parques naturales como segundas residencias de la población de grandes ciudades) en detrimento del asentamiento de población joven o con menos recursos económicos. Como consecuencia se produce la pérdida de tejido social que es el que mantiene la cultura e idiosincrasia de una comunidad. Con la consiguiente desaparición de las escuelas rurales por falta de niños y niñas, pérdida de población arraigada y de servicios públicos. De modo que el patrimonio, tanto el cultural como el natural, corre el riesgo de perder conexión con la realidad del momento y puede convertirse en un nuevo producto de consumo cuyos beneficios es más que posible que no redunden en la creación y mantenimiento de comunidades reales que tengan vínculos estables con el territorio.

BIBLIOGRAFÍA

- *PROYECTO piloto de ecoaldeja. Despoblación rural: del abandono a la vida* (2018) Pamplona, Navarra: Red Iberica de Ecoaldeas, 2018